

8 de junio de 2013, jornada 42, el Racing recibía en casa al Hércules frente a poco más de 7000 espectadores en el último partido de la temporada.

Aquella fue una previa rara, nadie hablaba demasiado alto, ni siquiera los más mayores discutían por la alineación, el estadio sonaba casi hueco.

Todos y cada uno de los asistentes sabían a lo que venían.

Todos menos yo.

Mi abuelo, en cambio, parecía tranquilo. Caminaba hacia su asiento con la calma de quien ya ha visto caer a su equipo en otras ocasiones y aun así sigue volviendo.

El Racing estaba firmando una de sus peores temporadas en la era moderna, 43 puntos en 41 jornadas, puestos de descenso a la tercera categoría, y lo que era peor, una afición rota.

El partido comenzó tal y como se esperaba, el Hércules dominando y el Racing agazapado. Un par de manos de Mario, dos palos y un fuera de juego evitaron el desempate de una primera parte en la que los cánticos nacían tímidos y morían rápido.

Daba la impresión de que íbamos a ser testigos de otra derrota en casa, otra más ese año, como si no hubiéramos tenido suficiente. Esos eran los pensamientos que me invadían hasta que mi abuelo me puso la mano en el hombro y me dijo:

- Toma anda, tu abuela hoy nos ha hecho un bocadillo de tortilla. Cómetelo todo, que hoy vamos a tener que cantar por los que ya no creen.

Cogí el bocadillo; lo demás tardaría años en entenderlo.

El árbitro pitó para que el balón echase a rodar y yo solo podía pensar en que ojalá no nos metiesen diez, pero entonces algo cambió: equipo y afición empezaron a remar en una misma dirección, el Racing se adueñó de la posesión y tras un par de buenas combinaciones llegó el primero para los nuestros.

Jairo se internó desde la banda derecha y con un zurdazo exquisito batió al portero rival haciendo que el Sardinero explotase. Por un momento parecía que nadie se acordaba del resto de la temporada, de que nuestro chaval nos iba a dejar ese verano, o de que ese gol no cambiaba nada, pero ahí estábamos, gritando, eufóricos, como si ese gol significase algo. Un gol que abría el marcador, pero no cambiaba el destino.

Fue entonces cuando mi abuelo me sacó de mi pesimismo de un plumazo, el abrazo resultó mutuo, pero seguía sin entender que estábamos celebrando.

Negación, resistencia, rabia, para mí, ya estábamos muertos.

El árbitro volvió a pitar, pero el partido ya no era el mismo, los nuestros habían cogido la batuta, las ocasiones se sucedían y el público comenzaba a disfrutar del encuentro.

Pero no fue hasta el minuto 80 cuando, tras un saque rápido del capitán, el balón le volvió a llegar a nuestro chaval en la frontal del área, quien, tras una breve mirada a la portería, marcó el mejor gol que yo había visto en un terreno de juego en directo en toda mi vida.

Un cañonazo con la fuerza de los 7.178 espectadores que estábamos allí presentes, un golpeo desde más de veinte metros, un derechazo seco que explotó en el larguero y botó sobre la línea como si el propio Sardinero quisiera ser partícipe de aquella obra de arte. Me llevé las manos a la cabeza, me levanté del asiento sin darme cuenta y grité poseído por el momento mientras mi abuelo me alzaba repitiendo que si había visto eso. Un gol que hizo que el partido dejase de ser indiferente.

Comprensión, herencia, sentimiento, solo quería gritar más fuerte que los de mi alrededor.

La gente se comenzó a sentar de nuevo, el estadio seguía latiendo, pero el silencio se apoderó de mí. Con una rabia casi infantil solo podía pensar en que habría pasado si hubiésemos jugado así toda la temporada, si Jairo hubiera tenido más tardes como aquella o si el Racing hubiese recordado antes quien era en realidad.

Y entonces llegó la pregunta que me descolocó: ¿por qué había celebrado aquel segundo gol como si nos estuviéramos jugando algo? Trataba de entenderlo, pero mi corazón no acompañaba a mi cabeza.

No había ascenso, no había salvación, no había más que un orgullo en ruinas que hacía por seguir brillando en la oscuridad del pozo en el que estábamos metidos.

Justo ahí empecé a entender lo que era el Racing para mi abuelo: celebrar lo irrelevante, aunque no hubiese futuro, aunque el marcador no importase.

Pero fue el tercer gol, apenas 5 minutos después del frenesí, el que lo explicó todo sin palabras. La sentencia llegó suave, como el pase de Jairo a Óscar, quien de forma casi bella superó al guardameta y destrozó mi alma. Aquellas fueron las lágrimas de un niño al que se le rompió algo mientras su abuelo le sostenía en brazos, sin saber si lloraba por el gol o por no haber entendido nada hasta aquel día.

Entrega, pertenencia, legado, acababa de nacer un racinguista.

El partido terminó hace casi 13 años y aun así sigue jugándose en mis sueños cada temporada, pero el resultado no cambia, mis recuerdos tampoco y tus consejos... tampoco. Ser racinguista es una herencia cruel. Una de esas que nadie te obliga a aceptar y aun así terminas llevándote para siempre. Yo todavía sigo gritando los goles que mi abuelo me enseñó a celebrar.

17 de mayo de 2026, abuelo, ayer los vi que subieron.

Fdo.: El nieto del Sardinero